

## Tensar los hilos

Juan Carlos Cano

La gente habita en un mundo compuesto ante todo de líneas, no de cosas. A fin de cuentas, ¿qué es una cosa, o incluso una persona, sino un nudo de líneas, de los senderos de crecimiento y movimiento que se aglutinan a su alrededor? En su origen, *cosa* se refería a una reunión de personas y al lugar en donde se reunían para tratar sus asuntos. Como la derivación de la palabra sugiere, toda cosa es un parlamento de líneas.

Tim Ingold, *Líneas: una breve historia*

En años recientes ha existido un furor por la arquitectura participativa, por la arquitectura de compromiso social. Esto, en apariencia, por la preocupación de las necesidades de vivienda de la mayoría de la población pero que, en cierto sentido, está plagada de culpa o de la necesidad protagonista de muchos despachos de arquitectura por hacer un comentario a pesar de que nadie lo ha pedido. O quizá es un fenómeno que inició con buenas intenciones, en un momento pertinente —la resaca de la crisis económica de 2008—, pero que se ha extendido con cierta ligereza y redundancia. Ante este fenómeno, siempre es sano conservar algo de escepticismo —la duda cínica—: qué tan necesaria es esta ayuda, qué tan honesta resulta o qué tanto es una nueva versión de caridad enseñada en las universidades. Es evidente que hay una aportación clara en cuanto a las asesorías técnicas de los arquitectos e ingenieros, pero también hay una sensación de repetir esquemas innecesarios o, en ocasiones, de propuestas sobreactuadas e ingenuas que parecen fuera de lugar. De algún modo se percibe como la reiteración de los modelos de arquitectura social de los años sesenta combinados con la excesiva adicción a la publicidad mediática de este inicio de siglo. Siempre queda preguntarse dónde está el equilibrio.

Entre todo este ruido, de pronto aparecen puntos de vista que intentan encontrar este balance: aportaciones que no pretenden analizar ni solucionar los problemas, sino simplemente mostrarlos con franqueza y contribuir con alguna propuesta propositiva que surja de un enfoque distinto; miradas laterales que sirven como relatos del presente. Una de estas contribuciones es el proyecto *Arquitectura sin arquitectos* de Sandra Calvo. Al sumergirse en una investigación de los procesos de autoconstrucción en Colombia, ella se acercó a una familia que estaba en vías de ampliar su casa en Villa Gloria, Ciudad Bolívar, un barrio de Bogotá, y juntos idearon un método para tomar las decisiones del crecimiento de su vivienda. Un ejercicio de observación y participación que terminó siendo un sistema lúdico y eficiente para visualizar los procesos de autoconstrucción. La familia mencionada y Sandra Calvo, junto con todos los que aparecieron por ahí y se unieron a la colaboración, tomaron la casa existente como punto de partida y construyeron con hilos las posibilidades futuras de la vivienda. Utilizaron un código sencillo: hilos negros para los muros, puertas o ventanas en los que existía consenso familiar e hilos rojos para aquellos elementos donde existían discrepancias. De esta manera, el crecimiento quedaba visualizado en tercera dimensión y se podía discutir *in situ* sobre las ventajas o desventajas de hacer tal o cual cosa. El resultado es sorprendente: el método funcionó como un verdadero sistema de organización para la toma de decisiones en el proceso de construir una vivienda. Los hilos crean espacios imaginarios fácilmente comprensibles para los habitantes de la casa. La virtualidad espacial hace más evidentes los probables errores que surgirán durante la construcción, los encuadres de las vistas, los recorridos, etcétera. Además, la recreación abstracta de cada ventana, incluso, de cada ladrillo, sirve para entender no sólo el espacio sino la probable textura del material que lo va a contener.

Al mismo tiempo, los hilos en el aire tienen otro significado: muestran, como dice Calvo, “una obra en estado de apuntalamiento, un gesto escultórico en estado de equilibrio infinito e inestable”. Aquí está representada cierta fragilidad vivencial: la vida colgada de un hilo, las

condiciones precarias de la vivienda, la inseguridad física de muchas de las construcciones, pero sobre todo la inestabilidad de vivir al límite de las reglas —una condición relativa, ya que la noción de legalidad en los barrios periféricos es prácticamente irreal—: no existen permisos de construcción, evidentemente nadie va a contratar a un arquitecto, los reglamentos son casi nulos y, por lo tanto, el riesgo de ser expulsado o desalojado depende de la habilidad con la que uno se mueva. En estos sitios, la certeza de la propiedad no existe: todo está a medio construir, a medio hacer, no sólo la materia física, sino el completo entendimiento de la interacción social. Por otro lado, estos hilos también se pueden entender de otra manera: representan la solidaridad que se da entre los participantes de la construcción. Una solidez sin la cual es difícil comprender la supervivencia.

Es aquí donde la labor de Sandra Calvo se desmarca del común denominador de las arquitecturas participativas, porque no pretende sólo *hacer el bien*, sino formular un discurso personal acerca de la situación observada. Y aquí también se encuentran las contradicciones más interesantes, no exclusivas de este trabajo sino de las intervenciones sociales de los artistas contemporáneos. En principio, la propuesta relatada se puede entender como un ejercicio técnico racional cuyo objetivo es ayudar a las familias a comprender la distribución espacial posible de sus futuras viviendas. Este sistema o método pudo haber sido inventado en el siglo de la Ilustración y, sin embargo, que aterriza de pronto, está aterrizando en los descampados posturbanos. Por otro lado, también existe la atracción estética provocada por la aparición de piezas descontextualizadas: una poética de hilos coloridos en medio del aparente desorden. En este sentido, la contradicción parece funcionar. Se sabe que los hilos son elementos temporales, pero se desea que de alguna manera permanezcan para siempre. Se advierte también que esto no tendría sentido alguno. Eso es lo que ha sucedido cuando estos hilos han migrado a las salas de los museos. El contexto del que proceden, los barrios de autoconstrucción de las periferias, se desmaterializa; toda la potencia del discurso se reduce a un entendimiento secundario que debe ser mostrado con explicaciones adicionales, con notas a pie de página, y sin embargo se mantiene el encanto de su abstracción, los hilos se convierten en la referencia sutil que remite a los escenarios originales y que se encuentra a medio camino entre lo mundano y lo sublime. Al entrar en el espacio neutro del museo, los hilos dejan de lado su propósito de integración social y hacen evidente una materialidad más cercana a ciertas inquietudes personales. ¿Qué es un hilo en el espacio? ¿Existe un adentro y un afuera de estas líneas? ¿Existen columnas, vigas, ladrillos, ventanas en estas redes de colores? Las líneas se entienden más como un sistema de evocaciones que la presentación objetiva de un método de diseño.

Sin embargo esta integridad abstracta —y hasta cierto punto poética— no excluye lo que sigue siendo el discurso de mayor importancia: que la fragilidad de unas líneas se convierta en un comentario indirecto a lo que sucede en las periferias urbanas. Está claro que la imagen de la ciudad del futuro como un conglomerado de rascacielos, vehículos hiperveloces, macropantallas, alta tecnología y gente en neurosis permanente sólo existe en los centros de algunas ciudades desarrolladas. En realidad, el futuro —más bien, el presente— de las grandes urbanizaciones es la periferia de baja escala, desorden y soluciones improvisadas, un mundo metalegal, donde la ausencia de reglas claras es la que permite la creatividad para desarrollar nuevos códigos. Para comprender las ciudades contemporáneas hay que entender sus periferias, esos sitios en apariencia informes que atestiguan el brutal crecimiento demográfico, el flujo humano de la vida rural a la vida urbana. Poblaciones enteras aparecen de la noche a la mañana, sin importar que no existan infraestructuras, servicios o equipamientos; luego se van formalizando, crecen y se convierten en urbanizaciones paralelas a la ciudad a la cual se anexaron. Así, una serie de viviendas autoconstruidas ocupan un espacio antes vacío donde sus habitantes se organizan, conscientes de que son pioneros especialistas en la improvisación y el oportunismo, y comienzan a levantar viviendas precarias, efímeras, pero que con el tiempo

se ampliarán, se subdividirán, cambiarán de uso, se volverán a ampliar, sin más reglamentos o limitaciones que aquellos que los permitidos por la economía y la intuición. Son las periferias inciertas, lugares donde la vida cuelga de un hilo.

Hay algo de heroico en estos pioneros. Saben que juegan contra las reglas y, al mismo tiempo, saben que en realidad no hay reglas, por el contrario, ellos están generando las directrices de la urbanización contemporánea. Han llegado a territorios inexplorados y los han transformado en barrios. Llegan a la ciudad con la ilusión de encontrar, si no un paraíso, al menos la salvación, y terminan creando una nueva manera de entender el funcionamiento de la convivencia urbana. Es notorio el alejamiento de la mayoría de los arquitectos hacia este fenómeno, incluso en aquellos que se dedican a gestionar arquitecturas participativas y que prefieren contextos rurales o de escalas pequeñas, donde es más fácil implementar mecanismos de organización comunitaria. La periferia es salvaje, el nuevo Viejo Oeste. Las últimas hebras del tejido urbano se han autoconstruido en un aparente desorden alejado de los planes de los “especialistas”. Ellos llegan después, entre fascinados y anonadados, impotentes ante la contundencia de lo sucedido. Algo similar ocurrió a finales del siglo, cuando los arquitectos se mantuvieron al margen de las innovaciones estructurales y fueron los ingenieros los que vislumbraron el futuro. Hoy en día, el crecimiento informal de las ciudades va marcando la pauta de los ejercicios de diseño y planeación urbana. Ya no hay utopía, hay una realidad improvisada y expandida cuyas repercusiones apenas hemos comenzado a asimilar.

Sucede también que, en cualquier ciudad de cualquier país, todos estos sitios son similares: prácticamente las mismas técnicas constructivas, bloques de concreto o ladrillo, estructuras y losas de concreto armado. El romanticismo arquitectónico ha querido aplicar en estos sitios técnicas constructivas tradicionales o sistemas innovadores con poco éxito. Y es que hay toda una dinámica de estrategia de apropiación de la tierra, de utilización de recursos económicos, que hace que la velocidad de estos procesos de urbanización informal sea muy difícil de enfrentar con otros métodos. Por eso, proyectos como el de Sandra Calvo se vuelven guiños que entienden la dinámica, la metabolizan y tratan de visualizar el proceso tanto de manera explícita, donde el diseño participativo se vuelve más tangible para los habitantes, como de manera metafórica, donde los hilos efímeros que sirvieron para tomar decisiones tienen como destino su desaparición. Son parte de un proceso poco común: “habito mientras construyo, mientras planeo”, en vez del ortodoxo: “planeo, luego construyo y después habito”.

La autoconstrucción ya es la cotidianidad; un ejercicio vital que posee unas reglas particulares en las que la única prohibición es quedarse estático. Cuando empezamos a entender el fenómeno, éste ya ha mutado. El caos aparente de estas construcciones es simplemente otro orden, aquel de las soluciones adaptadas a sus circunstancias. La paradoja es que las ciudades autoconstruidas no tienen una tradición sobre la cual cimentarse ni qué conservar pero tampoco son algo que se deba erradicar y combatir. Es una práctica eficiente y mejorable de ocupación del terreno que usa los escasos recursos a su disposición. Son hilos complejos que se pueden desanudar en cualquier instante, pero que forman una trama sólida bajo el aire, invisible sólo para aquellos que no alcanzan a distinguirla entre tanta transparencia. Aquí lo espacial, lo doméstico y lo urbano quedan unidos por el trazo de unas cuantas líneas en el aire, que sirven de cernidores para separar la arena de la grava. Porque, a fin de cuentas, hemos comenzado a entender aquello que decía Joseph Brodsky: “La periferia no es el lugar donde el mundo se termina, sino el lugar donde el mundo se decanta”.<sup>1</sup>

Nota

1 Jack Flam (ed.) *Robert Smithson, the Collected Writings*, 1996.